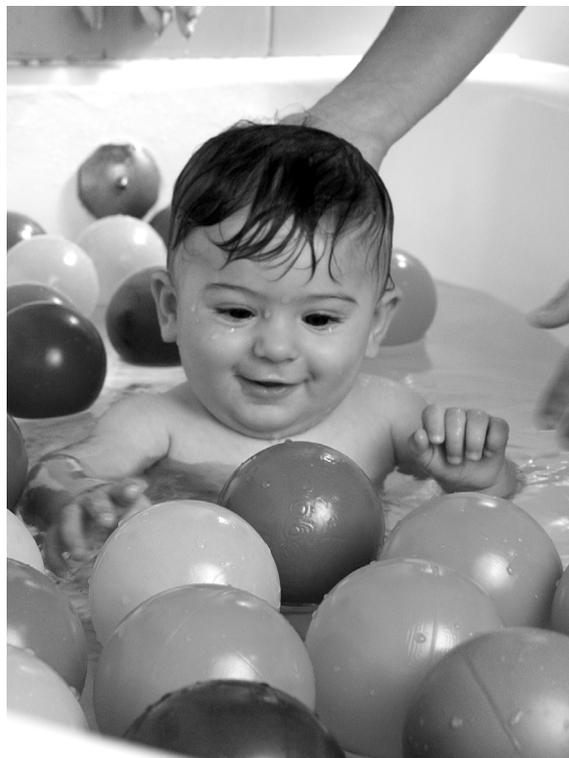


Capítulo 6

El juego como convivencia



Todos los juegos, el juego

En todos los momentos de la vida en que los adultos nos relacionamos con los niños, ellos tienen el poder de cambiar nuestra mirada. Inicialmente nos sorprendemos contemplando al bebé, que nos atrapa con sus todavía escasos recursos expresivos: movimientos involuntarios, gestos, sonidos, gorjeos que expresan su placer o displacer. Comenzamos a conocerlo y satisfacerlo, le ofrecemos nuestros brazos, nuestro cuerpo lo sostiene y lo contiene con mecimientos, arrullos, palabras y caricias. ¿Sabemos los adultos que esto es jugar?

Hablar del juego como convivencia significa llevarlo más allá de una actividad, el juego es el lenguaje privilegiado del mundo infantil, es lo que dará el entorno para cualquier forma de aprendizaje o comunicación. Por esto, nos interesa profundizar en esta última reflexión. ¿Cómo aprendimos este lenguaje nosotros mismos, y qué tan fluidamente lo hablamos hoy?

¿Qué lugar ocupa el juego en nuestra vida cotidiana? ¿Todavía nos atrapa, nos reúne con amigos? ¿Nos ven jugar nuestros hijos? ¿Vimos nosotros jugar a nuestros padres?

¿Por qué preguntarnos todo esto? Porque el espacio lúdico que nos tocó vivir en la infancia está aún hoy presente en nuestra disposición a experimentar y a preguntar.

Conformó nuestra curiosidad, alimentó nuestra fantasía y despertó en nosotros las primeras imágenes del mundo. ¿Qué disfrutábamos? ¿A qué jugábamos? ¿A qué jugaban nuestros padres con nosotros?

Detengámonos a observar, con tiempo, el deambular constante de los pequeños por diferentes situaciones de la vida cotidiana. Dediquemos también parte de esta mirada hacia nuestra forma de acompañarlos y relacionarnos con ellos. ¿Valoramos realmente la trascendencia de nuestras intervenciones en la vida de los niños? ¿Estamos atentos a nuestro propio placer de integrarnos y jugar?

Juego, respiración y vida

Vivimos una época de auge de propuestas, espacios, libros, imágenes, programas, talleres, y hasta juegos y juguetes “lúdicos”. Se habla incluso de clases y metodologías “lúdicas”. Si bien la prédica es que el juego es vital en la infancia, llegado el momento, los niños desde muy pequeños se encuentran con frases de sus adultos (padres y maestros) tan contradictorias como alejadas de su espíritu, que sí es genuinamente lúdico:

*Si haces caso, después podés jugar.
¡Deja de jugar y presta atención o te vas de la clase!
¡Estás acá para aprender, no para jugar!
Si sigues jugando en vez de hacer lo que te digo no venimos más a natación.
Podrás levantarte de la mesa a jugar si comés toda la comida.*

Para visualizar la profunda contradicción de estos mensajes, hagamos el ejercicio de reemplazar el verbo *jugar* por el verbo *respirar* y por el verbo *vivir* en las frases anteriores...

Lo lúdico no puede ser una moda, ni una propuesta pedagógica ni un adjetivo del jugar. Es el niño quien impregna todo con su juego. “*Jugar no es todo en la vida*”, dirán muchos. Pues sí, en la vida de los niños jugar es como respirar o vivir, nunca es desobediencia ni falta de interés, sino profunda conexión con el mundo que los rodea, es su forma de aprender. Un niño se desinteresa sólo por aquello que no lo convoca o que no está al alcance de su comprensión.

El juego de un niño es equivalente a nuestros momentos ocupados en algo que nos apasiona. ¿Por qué les enseñamos entonces a no valorar lo que los fascina? ¿Por qué los instamos a ganarse la vida en vez de vivirla? Nosotros, como adultos, ¿Cuánto respiramos la vida que nos rodea?

¿Cómo recordamos nuestro juego infantil? Para algunos habrá sido compartido con hermanos, amigos, primos, integrantes de familias numerosas: juego ruidoso, exaltado, gregario; para otros puede haber sido solitario, concentrado, compartido en la escuela o mayormente con adultos: juego sereno, reflexivo, con tiempo para posarse en cada novedad. No podemos decir que uno sea mejor que otro sino que cada universo lúdico

fue creando los matices de nuestra relación actual con el placer, con la imaginación, con la creatividad y con la *expresión*, tanto corporal como intelectual o anímica. Este ejercicio de observación de nosotros mismos no busca valorar ese pasado como más o menos feliz o completo; más bien es una invitación a una pausa, a entender de dónde venimos y qué variedad expresiva tenemos para ofrecer a nuestros niños.

“El entusiasmo y la alegría de los padres son puentes muy importantes entre el niño y el mundo”, señala Elke Blattmann en su libro sobre el juego infantil. Es muy diferente el mundo de un niño que crece acompañado por adultos que juegan, y no sólo con él sino que juegan porque les gusta, porque forma parte de su vínculo con el mundo. Adultos que disfrutan, que se ríen, que se divierten... Adultos que realmente juegan mientras juegan.

Con estas preguntas en mente, los invitamos, a partir de aquí, a recorrer algunos de los conceptos y modalidades de juego característicos de las distintas etapas; veremos también a qué juegan los bebés recién nacidos y cómo evoluciona el juego a la par del desarrollo. No será ésta una descripción exhaustiva, el tema en sí es inabarcable y hay muchas y muy buenas publicaciones al respecto. Pero, como decíamos, *la invitación es a recorrer el tema mirando y mirándonos, atentos al juego de jugar. Dedicemos este capítulo a nosotros mismos, cuando éramos niños, y a los niños que nos miran hoy.*

Jugar escuchando

El juego es el entorno permanente de la primera infancia, y una actividad central en la vida de los niños. A través de él comparten y expresan sentimientos, desarrollan la comunicación y la creatividad. El juego permite la exploración, la comprensión, el aprendizaje, el desarrollo de habilidades, da oportunidades para el crecimiento, desarrolla la autoestima y la seguridad.

Para entrar en el juego hay que estar atentos. Hay un tipo de juego que Patty Wiffler llama de “tiempo especial”, el juego-escucha, en el que el adulto juega a lo que el niño quiere. El adulto escucha, está dispuesto y disponible para que sea el niño el creador de las ideas, los roles y el argumento. Nuestra presencia es el ámbito preferido de juego de nuestros hijos, y “el escuchar con atención es una de las formas más directas que tenemos los seres humanos de transmitir amor.”



Jugar escuchando,
jugar sin juguetes

Cuando un niño juega exterioriza también sus temores, sus angustias, sus problemas. Con su fantasía se convierte en el que manda, él es el ganador o el más fuerte. Ocupa nuevos lugares en la familia, ensaya roles, busca realizar acciones placenteras en un entorno imaginado por él como ideal. El juego es también una fantasía que comienza cuando el niño quiere, dura el tiempo que le hace falta y termina cuando hay algo mejor que la reemplace o no.

Sigmund Freud fue pionero en la interpretación de los mecanismos psicológicos comprometidos en el juego. Principalmente, un niño juega para repetir situaciones placenteras, y también para elaborar las que le resultaron dolorosas o traumáticas. En nuestro país, Arminda Aberastury profundiza la observación sobre el juego, destacando que, a edades determinadas, las relaciones específicas entre la maduración y el desarrollo motivan la aparición o desaparición de ciertos juegos.

¿Sabemos jugar sin juguetes? Nuestro cuerpo, la imaginación y la palabra crean juegos que llevamos siempre con nosotros.

Nos encontramos sentados junto a un niño, y él comienza a alinear sillas para armar un autobús. A partir de aquí, si estamos dispuestos a escuchar y participar, comenzamos a ser pasajeros: sacamos boleto, conversamos con otros que viajan, le preguntamos al niño-chofer una calle, hablamos de los semáforos, tocamos el timbre para bajar... Si habitamos realmente el juego instalamos un diálogo que responde a su necesidad y a la vez complementa y amplía su propuesta. Estamos ayudándolo a desarrollar su afectividad y su intelectualidad, pero por sobre todo —y lo más interesante— en sus respuestas y actitudes veremos qué refleja en él el mundo humano que lo rodea.

Como bien señala Karl König, la *imaginación* es una de las características más poderosas de la primera infancia. Tiene su origen en la motricidad, surge claramente entre los dos y los tres años: “El pequeño extrae su fantasía del movimiento y de la movilidad, de la necesidad ineludible de actuar.” Ésta se integra tanto al hacer físico como a las conductas afectivas. Una caja se convierte en asiento, en refugio, en caballo, en la cuna de una muñeca. Una representación convierte al niño en un papá, en el chofer o en el doctor, a la niña en una mamá, en una señora, en una maestra. “La imaginación se adueña de todo lo que caiga en sus manos”. Imaginación al jugar y jugar imaginando son acciones funcionales. Así se va conformando y se mantiene durante toda la primera infancia: “El juego vivifica la imaginación, y ésta a su vez reacciona sobre el juego inflamándolo y haciéndolo multifacético”.

Acompañando el juego libre

Los bebés y niños juegan mucho, y si han sido adecuadamente acompañados (es decir, teniendo libertad de construir su exploración sin la constante intervención de su adulto) disfrutan jugar solos y saben jugar sin juguetes. Myrtha Chokler destaca que “los niños necesitan jugar solos. Poder hacerlo es un signo de salud mental. Desarrollar una idea, imaginar, crear, exige disponibilidad, tranquilidad, tiempo y concentración. El juego con adultos es una importante forma de comunicación, pero la alternancia con el jugar solo o con pares permite que el niño dé curso a su propia fantasía con mayor

libertad, sin depender o quedar fuertemente atrapado, condicionado, inevitablemente por la mirada, las expectativas, las emociones y/o los juicios y prejuicios de los adultos.”

Esto no significa dejarlos solos, sino permitirles jugar solos a una distancia desde la que se los vea y escuche: cualquiera sea la edad de los bebés y niños, no están en perfecta seguridad más que bajo vigilancia. Para dedicarse a un juego absorbente y tranquilo necesitan que sus adultos estén atentos a preparar, respetar y organizar el espacio de juego y los juguetes. Compartimos algunas pautas sobre el rol del adulto como facilitador del juego libre: ¹

- ≈ *Asegurar la seguridad, la calma del espacio y la libertad de movimientos*, tanto por el mobiliario como la vestimenta del bebé o niño.
- ≈ *Dar tiempo para jugar y para descansar*: para que los bebés y niños se impliquen realmente en el juego es vital que durante la mayor parte de su tiempo de vigilia tengan la posibilidad de jugar. A la vez, es importante estar atentos al cansancio, que llega más pronto cuanto más pequeño es el niño y es bueno llevarlo a descansar a su cuna, libre de objetos y estímulos.
- ≈ *Reservar las intervenciones* a las estrictamente necesarias para la seguridad o la resolución de conflictos.
- ≈ *Adecuar la calidad y cantidad de objetos y juguetes*: aunque ellos mismos desparramen los juguetes, los niños no disfrutan estar constantemente entre una profusión de juguetes en desorden o que no respondan a sus posibilidades de manipulación o desplazamientos, ni tampoco encontrarse con juguetes diferentes cada vez. Es bueno ordenarlos de vez en cuando, hasta que sea el niño mismo quien pueda y quiera participar en el guardado, variando también entre juguetes que inviten al movimiento y otros a la pausa. Otro tema fundamental es que *todo lo que esté al alcance del bebé debe ser apto para sus recursos de exploración*: el bebé va a llevarse a la boca todo lo que encuentre, por lo que su ámbito debe estar libre de objetos pequeños o no aptos para sus impulsos y deseos, es muy frustrante y desorientador que su exploración esté rodeada de prohibiciones o que un objeto que toma le sea quitado de las manos con un “¡No!” Es siempre el adulto quien es responsable de lo que esté disponible en el entorno de juego.
- ≈ Un principio importantísimo es que *es el niño el que debe ser activo, y el juguete, pasivo*. En nuestra cultura tecnológica los niños pasan mucho tiempo frente a pantallas y juguetes a pila que los convierten en receptores pasivos de estímulos.

¿Juegan los bebés recién nacidos?

Cuando está despierto, el bebé encuentra por casualidad acciones que le dan placer, y busca repetirlos: succionar, estirarse, hacer ruidos y gorjeos, mirarse las manos. Estos son los primeros juegos. El que los padres se tomen tiempo para observarlo es muy importante, ya que también preservar el juego forma parte de los cuidados imprescindibles para un bebé. Si bien tiene muy positivas consecuencias como actividad de estimulación, el objetivo del juego, antes que nada, es jugar, estar, conocerse, acercarse, verse, crecer juntos.

¹ Resumido del artículo de Anna Tardos, *Las tareas del adulto concernientes a la actividad lúdica de los niños*, disponible en Internet

El adulto sabe que el bebé no puede alimentarse, higienizarse, abrigarse, desplazarse por sus propios medios. Por esto, se anticipa al pedido o a la necesidad dándole el alimento, las caricias, el diálogo. Es a través de satisfacer estas necesidades donde aparecen experiencias sensoriales que iniciarán las percepciones de su imagen corporal (sentido del tacto, sentido vital). Tanto juega el bebé con sus sensaciones que mirando el rostro sonriente de su madre aprende a sonreír. *El apego bien correspondido alimenta por igual el cuerpo y el alma*: cuando estos momentos de intercambio le acercan un adulto presente y atento, el simple cambiado de un pañal se convierte en una situación mutua de alegría y descubrimiento: cuando el adulto establece con el recién nacido diálogos afectivos, aunque el bebé no entienda las palabras percibe plenamente que algo bueno está sucediendo...

Al respecto, señala Myrtha Chokler: “Durante los cuidados cotidianos se producen intensas interacciones recíprocas. Los primeros objetos de atención para el niño son, indudablemente, el rostro, las manos, el cuerpo y la ropa de las personas significativas, que observa, intenta tomar, aferra y explora. Es la actitud del adulto, el goce o la risa, el desafío, lo que transforma esta actividad en juego.”²

Los juegos del primer año de vida

Durante los primeros meses de vida el bebé aprenderá a reconocer momentos que se diferencian: el amamantamiento, el cambio de pañal, el baño diario. Muestra patrones especiales de conducta y vemos que incluso diferencia sus respuestas ante mamá o papá.

Además de sus adultos, el primer objeto interesante de descubrimiento será para él su propio cuerpo, que comenzará a conocer a partir de sus manos. Es muy importante saber valorar esta acción simple y pequeña como el momento fundante que es: cuando un bebé se mira las manos estamos ante el primer paso de toda su inteligencia futura. Como describimos en el capítulo 3, ellas (y luego otras partes del cuerpo) serán primero novedad, luego objeto de succión que lo apacigua, por lo que vuelve a buscarlos, a encontrarlos, a explorarlos de diversas maneras. Más adelante, estas mismas manos pasarán de ser objeto de su exploración a ser herramientas. Como señalara la educadora María Montessori, “las manos son los instrumentos de la inteligencia humana.”

La capacidad del bebé para conectarse crece en cada contacto: sonríe ante la presencia del rostro humano. Disfruta las miradas, puede jugar, sostenido y cara a cara, con sonidos, con la cara y la voz de sus padres. Cuando hace un sonido nuevo se sorprende, abre más los ojos y cambia su expresión. Podemos jugar a repetir su laleo, en el mismo tono y con la misma medida, es decir, hacerle escuchar lo que él ha emitido, y esperar su respuesta.

El momento de los baños es, en esta etapa, otro momento de intercambio privilegiado. En los brazos de su adulto el bebé conocerá el agua, donde la sensación de su cuerpo será diferente a lo que vive en su vida terrestre: se expande, puede moverse pausadamente y cada movimiento es devuelto por el agua como sensación en la piel; escucha el sonido del agua en el agua, se abren sus ojos, sus manos, mira el rostro cercano, escucha el silencio, conoce la sensación de flotar. Hay armonía si los

² Myrtha Chokler, *Cómo se juega el niño cuando juega: las raíces de la actividad lúdica*, disponible en Internet

mecimientos, los susurros o el canto y el ritmo aparecen como juego. Es una actividad lúdica que el bebé recibe y comparte con el adulto.

Hacia el cuarto mes ya puede tomar un objeto o juguete, ponérselo en la boca y succionarlo; luego lo deja y vuelve a repetir la acción. Esta primera coordinación de sus ojos y sus manos está afianzando su posibilidad de recibir alimento y ser capaz de manipularlo. El ejercicio de meter y sacar las manos de la boca, además de ser sumamente placentero, lo está orientando para empezar más adelante a comer con las manos ¿Cuál es el primer ejercicio que hace? Chuparse los dedos; esa mano, que a los nueve meses comenzará a hacer de pinza, pudiendo agarrar una miguita de pan, empezó a trabajar a los tres meses cuando apareció la mano en su línea media y, exploración mediante, llegó a la boca.

Entre el cuarto y sexto mes, con el uso de juguetes comienza a experimentar que los objetos pueden tanto aparecer como desaparecer. Los golpea y los deja caer, y espera que se los devuelvan. Aberastury reconoce que este juego es molesto pero necesario: “pues así experimenta que puede perder y recuperar lo que ama” y es una experiencia que prepara las primeras nociones de objeto permanente. La maduración del vínculo de apego lleva a algunos bebés a elegir un objeto privilegiado que puede sustituir parcialmente, un escaso tiempo, al adulto significativo: es lo que Winnicott definió como *objeto transicional*. Así como los fundamentos de su vida mental se construyen en el primer año de vida, también su mundo afectivo se apoya en esos primeros juegos de pérdida y recuperación, de encuentro y separación.

En este momento comienza el apogeo de la exploración de texturas, formas, peso, efectos de su manipulación sobre los objetos. Las manos y la boca son las protagonistas. Reconoce el agua de su baño cotidiano y lo manifiesta acelerando sus pateos. Si ya inicia sus clases de natación, en la piscina ve un objeto cercano, abre sus manos, lo toma y siempre va a parar a su boca. Los juguetes ideales son blandos, muy manuable y de colores vivos. En la actividad acuática el bebé elige, en ocasiones, un juguete preferencial, que encuentra allí cada vez que vuelve.

A partir del segundo semestre el bebé complejiza la exploración, que se va llenando de variantes: ya puede pasar un juguete de una mano a otra, golpearlo, frotarlo, darlo vuelta. Puede también sostener un objeto en cada mano y compararlos, y acierta y disfruta golpearlos uno con otro.

Alrededor del octavo mes se dan dos fenómenos relacionados: uno de ellos fue denominado por René Spitz como “angustia del octavo mes”: el bebé comienza a tornarse desconfiado ante los rostros extraños que se le acercan. Se oculta en los brazos de su adulto y esconde su cara. Orientamos a los padres para acompañar esta etapa: la palabra *angustia* es una denominación poco feliz para referirse a lo que en realidad es una nueva capacidad del bebé: la conducta socioafectiva de aceptar/rechazar a los 8 meses no es síntoma de sufrimiento, sino de crecimiento. Gracias a las primeras huellas mnémicas, diferencia a los adultos entre sí, reconociendo a quienes son significativos y rechazando a los que no pertenecen a su entorno cercano. Para los adultos, la palabra “angustia” remite a un sentimiento de aflicción o temor opresivo sin causa precisa, y esta idea influencia la forma en que lo viven y acompañan; esta preocupación se refuerza porque es común que el bebé comience a rechazar familiares, amigos o vecinos con quien antes tenía buena relación. En esta etapa es vital acompañar la comunicación

de los padres con su bebé y el grupo, y cobran mucha importancia las propuestas de juegos socioafectivos, en los que el intercambio de su adulto con otros niños y otros adultos lo ayudan a integrarse más al mundo nuevo: *el niño acepta y comparte lo que aceptan y comparten sus padres, comienza una intensa etapa: conocer, aceptar, rechazar.*

El segundo fenómeno, en estrecha relación con el campo afectivo descrito fue denominado “noción de objeto permanente” por Piaget: en su sonrisa ante los juegos de desaparecer y aparecer, el bebé expresa su capacidad de darse cuenta de que los objetos siguen existiendo a pesar de no encontrarse dentro de su campo visual. Si su mamá jugaba meses atrás a desaparecer y aparecer, esta misma experiencia le provocaba angustia y llanto.



Un juego preferido: la exploración del rostro humano.

Otra gran habilidad que surge en esta etapa es el uso su pinza índice-pulgar; comienza a combinar la forma bucal de exploración con la utilización de sus dedos. ¿Qué ha descubierto? Ahora, además de texturas hay huecos donde puede meter sus dedos. Realiza juegos exploratorios de su cuerpo, y un objeto preferido es el rostro humano, la boca, los ojos, las orejas... especialmente la boca de su adulto que sopla burbujas en la superficie. Otro juego predilecto es mirarse en el cristal de los anteojos del adulto que lo tiene en brazos: son irresistibles y pronto se apoderará de ellos y logrará sacárselos.

Poder sentarse y gatear le permite desplazarse sobre colchonetas y comenzar a jugar con entradas espontáneas al agua.

Siguen los juegos...

Juegos de esconderse o desaparecer

El juego de aparecer y desaparecer, el juego en que el niño se esconde, y los juegos en que la mamá le va dando oportunidades de que la escuche pero que no la vea son propuestas que lo fortalecen. Esto que comenzó con: “¿Dónde está el bebé? ¡Acá está!”, es un juego que ayuda a los niños a elaborar positivamente la ausencia de su adulto predilecto.

Abandonar la relación única con su madre le permite al bebé integrar la presencia del padre. Que su mamá empiece a “desaparecer”, que pueda empezar a no estar, le da la posibilidad de experimentar y probar qué le pasa cuando está “solo”. Esto permite además incorporar al padre como imagen y como parte suya también. Observa y reconoce nuevos vínculos que su madre mantiene con otras personas del entorno: papá, hermanos, familiares. Va organizando así la noción del mundo. En el agua, en esta etapa, los juegos de vinculación con el otro son los indicados. Inicialmente observará como mamá o papá juegan, cantan y encuentran juguetes que comparten con él. Pero pronto pasará a ser un protagonista total.



Jugamos a escondernos y aparecer.

Este tipo de juegos permite también incorporar, a través de la imitación, algunas habilidades en el agua. Juega con las burbujas que hacen mamá o papá, para luego hacer burbujas como ellos. Luego vendrán las burbujas cuando está abajo y sumergido — práctica de la espiración— y le gustará esconderse debajo del agua.

Juegos corporales

El juguete más completo —y el preferido— es el cuerpo de mamá o de papá. Es una escalera, una montaña a la que puede treparse, puede sentarse o pararse sobre los

hombros, es un bote en el que pasea, es una locomotora que lo lleva y es el impulso que lo hace nadar o volar, es la grúa que lo alza para que vea el agua desde arriba, es el pez que se sumerge frente a él y el motor que sopla burbujas en el agua.

Los juegos de imitación comienzan muy temprano y son importantes como refuerzo de los corporales, ya que apoyan la definición del esquema corporal. Desde la sonrisa como respuesta al rostro de la mamá, el aplauso, el “choque los cinco”, el desarrollo gestual del niño avanza a través de la imitación que proponen las canciones y los ritmos. A partir del noveno mes ya lo vemos muy hábil, señalándose la cabeza, tocándose la nariz, la cabeza, los brazos y las piernas.

Otro juego corporal que encanta a los bebés y niños son los “masajes de agua”: el rozamiento del agua actúa estimulando la piel, favoreciendo la integración de la imagen corporal. De acuerdo a la edad y desarrollo corporal de cada bebé o niño, adecuamos las variantes de ritmo y posturas corporales, la continuidad de los balanceos y la amplitud de los desplazamientos.



Un juego corporal fascinante: los masajes de agua.

Llega un momento en que progresa tanto la capacidad acuática que va perdiendo interés por los juguetes, y el atractivo es ahora su propio cuerpo en el agua. Es el momento de saltar, girar, desplazarse, volver a tomarse, salir y volver a saltar. Son dominantes los juegos de destreza donde el niño es el protagonista y, de vez en cuando, algún elemento pone a prueba las habilidades de su cuerpo: corre por todo un camino de colchonetas flotantes y salta al agua, se tira por un tobogán y cae al agua, pasea sobre el cuerpo de su adulto, hace estatuas parado sobre una colchoneta y salta de allí al agua; empuja una colchoneta que lleva de paseo algunos bebés. Este niño está muy cerca de ser lo que llamamos un “independiente acuático”. Descubrir este momento implicará un nuevo cambio de rumbo en lo que se refiere a propuestas y el adulto acompañando transformándose en participante.

La risa y las cosquillas

Es habitual que en los juegos de acercamiento, de persecución, de rodar por colchonetas los niños rían a carcajadas. La risa acerca, libera los miedos y le da confianza en el otro.

Hay pocas cosas que un padre disfrute más que la risa de sus hijos y es común que los adultos busquen provocar la risa con cosquillas. Desalentamos este recurso durante los juegos: esta risa es diferente, es una reacción involuntaria, forzada por un contacto que no podemos medir del todo y que el niño no puede evitar o detener por sí solo. Es interesante destacar que la definición de la palabra “cosquillas” en nuestro idioma se refiere a “sensaciones displacenteras que se experimentan en algunas partes del cuerpo cuando son ligeramente tocadas, y consisten en cierta conmoción desagradable que suele provocar involuntariamente la risa.”

Los juegos corporales son vitales en lo que transmiten a través del contacto, la fuerza y la afectividad, pero es importante adecuarlos a la edad, necesidades y el tono de cada bebé o niño. A nosotros, como adultos, ¿cómo nos gusta que se nos acerquen los demás?

El juego socioafectivo

Estos juegos buscan o destacar la presencia de otros. Jugamos en rondas, con canciones o con ritmos y la música y las propuestas resaltan el juego compartido. La imagen de estar en grupo, que los niños se miren y se vean. Verse es encuentro de miradas. Contamos con la participación de un adulto que está consciente de lo que busca y a la vez es parte del juego: reconocer y compartir la presencia de otros, nadar juntos, alejarse y acercarse al grupo. Llegamos a que puedan compartir una colchoneta flotante con un grupo de otros cuatro o cinco niños. Los llevamos de paseo solos en ese barco, mientras los padres los miran y saludan. Los bebés los observan desde los brazos de sus padres, algunos participan expresivamente, otros en silencio corporal atento.

¿Hay niños que no quieren jugar?

“Hoy está fatal, tiene un mal día”, escuchamos con frecuencia. Cuando un niño no quiere jugar es importante respetar su necesidad y detenerse a observar. Normalmente se debe a que no está aún preparado o dispuesto a compartir la actividad que le proponemos, y no hay que obligarlo o subestimar su sentimiento. Es importante y hablamos con los padres sobre los días diferentes del niño. (Todos los tenemos, ¿nos damos tiempo para ellos?) Indagamos cómo durmió o si hubo algún acontecimiento especial en casa, o si le sucede con frecuencia. Un buen acompañamiento para estos momentos es una propuesta que respete su pedido pero que no lo aisle: “Si no tienes ganas no vamos a jugar, vamos a pasear y a mirar la piscina. Vamos a mirar qué están haciendo los otros, pero nosotros no vamos a jugar.”

Un recurso siempre muy efectivo cuando un niño no quiere jugar es que el docente juegue con el adulto que lo acompaña, sin obligarlo a participar, dejándole ver el juego. Una pelota, la palabra, un gesto, el agua que vuela. Es muy raro que frente a esto el niño

no se involucre. De hecho lo hace, primero con la mirada, después con la sonrisa; enseguida su actitud corporal cambia y pronto está jugando. Los adultos tenemos los recursos para que el niño se integre, pero la idea no es que haga lo que uno quiere sino que lo haga como él quiera, y esto siempre implica respetarlo si en algún momento no tiene ganas de participar como uno espera.

¿Por qué el explorador de aproximadamente un año y medio al llegar a la clase, y antes de entrar al agua, comienza a tirar juguetes? Porque quiere ir ahí, quiere ir al agua. Reconoce el espacio agua como propio. En este caso, el diálogo será la forma de ayudarlo a organizar su idea. Otro recurso es sentarlo sobre una colchoneta que flota y darle los juguetes que tiró al agua.

¿Por qué hay exploradores que afanosamente se abrazan a dos o tres juguetes mientras están en el agua? Es una actitud propia de una primera clase, otros los utilizan como sostén equilibratorio. En ambos casos es conveniente observar si la forma de sostén de su adulto lo estabiliza adecuadamente.

Con frecuencia los niños traen algún juguete propio. Lo incluimos en la clase y le damos la importancia adecuada a este nuevo elemento. Una niña dos años y ocho meses solía traer un carrito con su muñeca y lo ponía en el borde de la piscina para que la viera a ella en la clase, mientras jugaba. Cuando terminaba la clase salía del agua, su mamá la secaba, y luego ella tomaba la toalla, secaba a la muñeca, la ponía en el carrito y se iba llevando su carrito al vestuario. Su madre, embarazada de siete meses, nos contó que en la casa también había asumido una franca conducta maternal con su muñeca. Esa niña estaba muy bien acompañada por una mamá que compartía con ella la espera de la llegada de su hermano.

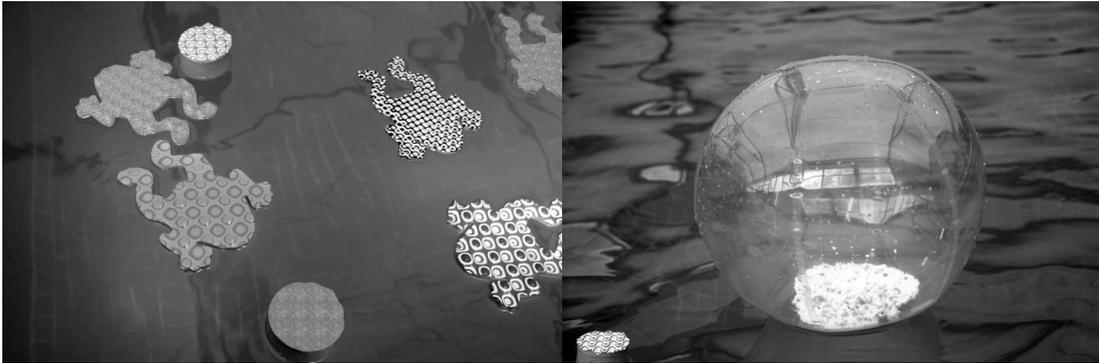
Material didáctico y juguetes

La inclusión temprana del material didáctico que luego se utilizará para la enseñanza formal de la natación hace que el niño lo incorpore con naturalidad, como algo que ya pertenece al entorno, son elementos que están en el agua y son del agua. Jugamos con colchonetas, con tablas y tortas de goma eva, separadores de andariveles, flotadores de brazos, pesas plásticas, aros y otros más. Escaleras y bancos sumergidos permiten trepar y saltar, desde diferentes alturas, del agua al agua. También son elementos el borde mismo, los escalones y las rayas del piso de la piscina.

En el agua también respetamos las pautas mencionadas anteriormente para el acompañamiento del juego niño: los juguetes acuáticos deben responder a las posibilidades prensiles, exploratorias, unimanuales, bimanuales y bucales de los niños pequeños, con texturas y colores diferentes y llamativos. Habitualmente el niño tiene un juguete preferido: a veces, cuando queremos darle alguna imagen de movimiento, la realizamos con el juguete. Identifica las acciones de los juguetes con sus propias acciones.

La variedad de juguetes es importante, buscamos figuras que les resulten conocidas de la vida cotidiana. El pato y sus patitos, perros, elefantes, dinosaurios, un gato, un león, un conejo, ranas, botes, lanchas, canguros, autos, espejos. Los juguetes grandes — por ejemplo, los inflables— no les atraen cuando están flotando en el agua, se sienten

sobrepasados por la imagen del objeto al cual se tienen que acercar. Es preferible ubicar las figuras de gran volumen en el entorno de la piscina o afuera del agua.



Las ranitas coloridas flotan y se pegan en las colchonetas, bordes y hasta en el cuerpo de mamá o papá. La pelota grande es transparente, y lleva bolitas de telgopor sueltas y volátiles, pedacitos de colores y un cascabel en su interior. Nos saludamos a través de ella y jugamos entre todos a pasarla con las manos y los pies.



Algunos de nuestros amigos del agua

Otro elemento importante son los *baldes y recipientes* pequeños, manuales y con algunas perforaciones que den distintas formas al agua: les permiten verla, manipularla, volcarla, sentirla en su cuerpo, explorarla con sus manos, repetir el vaciado y llenado, y encontrar espacios donde explorar con sus dedos.

Las colchonetas flotantes de distintos espesores (12 a 30 milímetros) son un elemento fundamental. Ofrecen múltiples posibilidades, texturas, formas y diseños, y combinadas con otros materiales didácticos permiten construcciones muy diversas: una casa, un túnel, planos inclinados, un bote o una cama. En el espacio de la colchoneta en flotación el bebé o niño aprende a conocer el mecimiento del agua, haciendo ajustes permanentes de su equilibrio. En ella, el niño acomoda sus juguetes como quiere o puede compartirla con otros niños. Al estar parado o sentado en el nivel de la superficie

del agua es otra su mirada, otra la forma de poder observar; ahora es más alto que mamá y que papá, los ve a ellos dentro del agua. Allí se puede gatear detrás de una pelota, parado se puede hacer una estatua, se puede correr y saltar al agua y si pierden el equilibrio y se caen no les duele. Ellos deciden cómo y cuándo entrar al agua.



Las colchonetas son islas de juego compartido o paralelo, y les permiten observar el espejo de agua desde una altura elevada. Pocas veces viven la experiencia de estar más altos que su adulto.

Con los bebés utilizamos colchonetas individuales en las que pueden permanecer acostados de espaldas paseando o jugando a su ritmo con su adulto.

La *hamaca delfín* cuelga a diferentes alturas y permite vivir el agua como algo diferente. Va y viene, podemos proponer ritmos variados y dependiendo de la altura a que esté colocada los pies pueden o no tocar el agua cuando pasan.

El *tobogán* es también un elemento que utilizamos en el borde o apoyado en el piso de la piscina playa. Se ve inmediatamente en su actitud si el niño disfruta el tobogán o le teme, lo conoce de las plazas y parques, y es fundamental que su uso se sólo elegido por el niño y hasta donde él quiera. El que quiera trepar sabe que puede llegar arriba, estar alto y detenerse a observar. Esta visión panorámica del recinto normalmente los cautiva y tardan en volver a deslizarse y bajar. En su entrada al agua el cuerpo desciende con más velocidad y profundidad, lo que destaca aún más la inmersión y luego la sensación de emerger devuelto por el agua.

Si el tobogán se ubica en el borde de la piscina, la entrada es más profunda, la experiencia les permite emerger y, desde los 2 años en adelante, llegar solos hasta mamá o papá. Los más hábiles se deslizan sentados, pero también buscan deslizarse acostados panza abajo con sus brazos extendidos adelante, “como si fueran unos delfines”, lo cual favorece la elaboración de las entradas al agua de cabeza.

Los *elementos flotantes* que el niño puede agarrar y dejar, como los flota-flota (barras flotantes), favorecen la habilidad equilibratoria del cuerpo. Esto les permite sostenerse solos, iniciar algunos desplazamientos y también resolver en forma autónoma su traslación.

Los *flotadores de brazos* (alitas) son un elemento de juego que cada niño integra libre y gradualmente. Sorprende a los padres el ver a su hijo separado de ellos y el niño

descubre nuevas sensaciones de flotar. Son los niños quienes deciden cuándo y cuánto tiempo llevarlos, y no crean dependencia, ven a otros usarlos, los esperan, los comparten; no son elementos de seguridad sino de juego, y no deben reemplazar el control del adulto.



Los flotadores de brazos (las “alitas”) les permiten desplazamientos sin asistencia donde no hacen pie, y con libertad de posturas del tronco horizontales y verticales. A partir de los 2 años y medio comenzamos a introducir las antiparras como elemento de juego en las clases y en el baño diario; hacia los 3 años, los niños que disfrutaban las inmersiones comienzan a usarlas habitualmente.



El aro puede ser un túnel, una casita y puede convertirse en un volante y una ventana...

Las *pelotas* de diferentes tamaños y texturas lo sorprenden porque tienen vida propia. Son blandas, pueden ser pequeñas, las toma el bebé con sus dos manos para llevarlas a la boca. Las pelotas de pelotero son más grandes y livianas; tienen una característica especial: bailan y se mecen en el agua. Si las sumergimos, al soltarlas, saltan, se elevan y vuelan. Los niños disfrutan mucho este tipo de elemento, tan diverso en las respuestas, y especialmente cuando hay lluvia de pelotas: en un momento dado, vaciamos un gran canasto lleno de ellas en el agua. Los sorprende el color y les encanta la tarea de llevarlas para ponerlas adentro de algún elemento que está preparado.

Una mamá, inspirada en esta situación de placer de los niños, el día del cumpleaños de su hijo convirtió la bañera de su casa en un pequeño pelotero con agua para el momento del baño diario. A partir de ese día, este niño se ocupaba de poner las pelotas todos los días, antes de bañarse, y por mucho tiempo las pelotas compartieron su baño diario.



Los flota-flota y sus uniones pueden convertirse en una moto del agua o en un pelotero. Las pelotas de pelotero tienen además la particularidad de bailar en la superficie y saltar fuera del agua cuando las hundimos con la mano.

El *muñeco con figura humana* es representativo de su imagen y comparte con ellos todas las proezas acuáticas. Flota, se sienta, va con la mamá, salta al agua, se sumerge, nada hacia acá y hacia allá, lo inicia para conocer el abajo y el adentro del agua: antes que él irá el muñeco. Más adelante se sumergirá a buscarlo o jugará a encontrarse con él cuando están sumergidos.



La figura humana es altamente significativa desde temprana edad.

Las *burbujas* aparecen, bailan, suben, bajan y de pronto no están. Son un elemento de juego privilegiado para el agua y la elaboración del ritmo respiratorio. Las provocamos soplando en la superficie del agua con la boca o soplando dentro de ella con trozos de manguera transparente. También durante el baño diario es importante poder jugar con las burbujas y las pompas de jabón. Cuando hay tiempo, el baño-juego es el lugar donde el silencio y las burbujas se encuentran a gusto. Se apoyan sobre su cuerpo o quedan sobre la superficie del agua esperando que las toque con sus manos para desaparecer...

Continuará...

Imposible un final para el mundo infantil, el juego no tiene tiempo, empieza y termina con la vida.

Imaginemos nuevamente a aquel bebé que se acerca al momento de iniciar la marcha: sus primeros pasos nos encuentran adelante, y de frente a él, esperándolo y animándolo, somos el lugar a donde llegar y refugiarse.

Luego deberemos reducir nuestro paso a los de ese caminante en ciernes, y tomarnos media hora para pasear una cuadra, a su lado, dejándole el alrededor libre.

En unos meses seguiremos sus pasos rítmicos y agitados, que apenas pueden detenerse del placer que han encontrado al caminar y recorrer.

Y así será el ritmo de cada aprendizaje, circular y en espiral, al frente para guiar los inicios, al lado acompañando los primeros logros, y detrás cuidando, guiando con la voz y la confianza, dejando despejado el camino para que él pueda elegir y tomar la vida entre sus brazos.

¿Jugamos a mirar el cielo?



* * *